

Urtiaga y los Orígenes del Pueblo Vasco



Subiendo por la carretera que va de Arrona a Iciar (Deva), poco después del barrio de Santuarán, se ve a la derecha un monte calcáceo de forma cónica en cuya cúspide se halla una rústica ermita de la Trinidad llamada Salvatore. Sus flancos, cubiertos por encinas, madroños, labiérnagos, laureles, ruscos y zarzaparrillas, dejan ver pequeñas zonas calizas descarnadas. En una de éstas, no lejos de la base oriental del monte, aparece la entrada de una cueva —la de URTIAGA— en la que descubrí material arqueológico hace 36 años. Efectuaba a la sazón un viaje de prospección por los contornos de Deva, cuando un vecino de Iciar me hizo un relato harto pintoresco acerca de la ermita de Salvatore, añadiendo que sobre el altar del pequeño santuario había varios “ídolos”. Acuciado por esta noticia, subí a Salvatore, donde pude ver que los supuestos ídolos eran columnas estalagmíticas que alguien había colocado allí para engalanar o completar el sencillo cuadro formado por la imagen de la Trinidad y por los candeleros.

A mi pregunta acerca de la procedencia de tales adornos, mi guía contestó diciendo que allí cerca había unas cuevas y luego me condujo a la más conocida de todas. En su portal practiqué una ligera cata que me convenció de la existencia de un yacimiento prehistórico en el suelo de la caverna.

Existe allí, en efecto, un verdadero archivo de antigüedades prehistóricas de los más importantes del país vasco. Decimos “archivo”, porque contiene objetos, restos humanos, numerosos vestigios de los hombres que allí vivieron entre los 12.000 y 3.000 años antes de Cristo; restos y vestigios que conocemos gracias a las excavaciones que en varios años hemos realizado en aquel interesante antro.

Los más antiguos moradores de Urtiaga eran hombres robustos, altos de cuerpo y de configuración de cara y cráneo algo diferente del tipo humano actual. Eran probablemente de la raza de Cro-Magnón.

Se dedicaban a cazar ciervos, rebecos, bóvidos, jabalíes y otras especies: tal era por lo menos uno de sus principales modos de vida.

La pequeña cuenca cerrada de Yarza, cuyas aguas se ocultan en el interior del monte, al pie de la cueva, fué sin duda escenario de innumerables operaciones cinegéticas. Grupos de hombres, formando un ancho frente, descendían dando gritos por los flancos de Andutz y de Zabaleta, ahuyentando a los animales guarecidos en su bosques y matorrales y obligándolos a bajar hacia el sumidero del arroyo que corre en el fondo de la cuenca. Allí lograban entraparlos en profunda fosa y, finalmente, cazarlos o matarlos mediante armas de piedra, de hueso y de palo.

Aquellos miembros de la familia de Urtiaga, que no tomaban parte en la batida ni en la captura, podían contemplar desde el portal de su cueva las peripecias de la caza, como lo hacían sin duda los de las cuevas de Santimamiñe, de Lezetxiki, de Laminzilo (Istúritz), igualmente situadas en parajes prominentes sobre los sumideros de sus respectivas cuencas cerradas.

Tal fué el género de vida que practicaron los hombres de Urtiaga, durante varios milenios, sin alteraciones notables, hasta que el cambio de clima —de muy frío a templado—, de ocupación y de régimen alimenticio produjo en ellos notables mudanzas en la configuración de su cuerpo, principalmente su cabeza. Se esbozaba allí el tipo antropológico vasco. Por eso los hombres más antiguos que vivieron en Urtiaga hace 7.000 años, pueden ser considerados como antepasados de los que más tarde hicieron las primeras rotulaciones de nuestra tierra, domesticaron los pequeños caballos pirenaicos y las vaquillas rojas indígenas, importaron las ovejas e ini-

ciaron la trashumancia pastoril en el país vasco. Hombres a quienes sus descendientes más recientes, diferentes en cultura y no en lo físico, llamaron "gentiles" y que en realidad formaban el pueblo vasco anterior al Cristianismo. Las raíces más antiguas de este pueblo, conocidas hasta hoy, las hemos hallado en Urtiaga,

Atáun, 28 de Julio de 1.964

José Miguel de Barandiarán



Nuestro desprecio por el trabajo manual se acrecienta de día en día y sin embargo en él está la salvación, él solo puede engendrar el sentimiento de la fraternidad el cual exige el contacto de unos hombres con otros".

Angel Genivet en «Idéarum Español»

"No tenemos más que dos días de vida, no merece la pena el pasarnos rastreando a los pies de pícaros despreciables".

"En España todo grande hombre se muere dos veces: una por enfermedad y otra por olvido de los demás. El estrépito con que honramos a los vivos viene a ser como una compensación anticipada de nuestro ulterior desdén. Es un préstamo de ruido que hacemos a su memoria".

Manuel Bueno.

Todos los pueblos, por bajo que sea su nivel de civilización, han tenido un deseo de crear arte, pues el instinto de producir efectos bellos o impresiones agradables es inherente a la naturaleza humana.

JOYERIA A. OSTOLAZA RELOJERIA

**REPARACIONES GARANTIZADAS
VENTAS A CREDITO**

Puerto, 4

Teléfono 60083

DEVA